

La historia vivida

ÁNGEL JOSÉ FERNÁNDEZ*

TOMO COMO PRETEXTO para decir unas cuantas palabras de homenaje a la memoria de mi querido amigo Joaquín Roberto González Martínez, el concepto de *historia vivida*, sobre todo como una manera del devenir colectivo de los pueblos, en donde la vida inmersa en la globalización actúa y se vive en una forma “un tanto subconscientemente”, pues interactúa allí donde permea “las estructuras espaciales”, y en donde llega a reflejar y definir como materia viva y actuante “la cultura de los pueblos”.¹

Un vistazo somero a las obras de González Martínez será suficiente para descubrir, inclusive en forma temprana, esta preocupación vista desde el punto del economista, del historiador, del geógrafo e inclusive desde la visión del historiador geográfico. Combinó esta preocupación de la historia vivida con otros intereses como el comportamiento económico en las comunidades indígenas de los Altos de Chiapas. Sin olvidarse de la economía, profundizó en los aspectos históricos, tanto en la escala regional como en el ámbito de lo simbólico. Luego de haber escrito una tesis defendida en la Escuela Nacional de Economía, incursionó en los estudios propiamente históricos; estudió la Maestría en Historia en la Universidad Autónoma Metropolitana y después realizó el Doctorado en Ciencias Naturales, con la especialidad en Geografía, en la Facultad de Geografía y Estudios Regionales de la Universidad de Varsovia.

Así fue acotando sus áreas de estudio e intereses profesionales: le interesaba la economía de las clases subalternas y de las comunidades indígenas; pero

* Dirigir correspondencia al Instituto de Investigaciones Lingüístico Literarias, Universidad Veracruzana, Estanzuela 47B, Infonavit Pomona, C. P. 91040, Xalapa, Ver.acruz, México, tel. (228) 818-65-55, email: anjofer53@yahoo.com.mx.

¹ Joaquín Roberto González Martínez: *La historia vivida en las representaciones espaciales: la conformación del espacio tzeltal-tzotzil. Ensayo de aproximación geoetnográfica*, Instituto Veracruzano de la Cultura, Veracruz, 2008, p. 183.

atendida y observada desde el presente, ante la inminencia de la globalización y en torno a las fauces de la economía mundo y, también, desde una medida más allá de lo local, es decir, desde las cotas y escalas de lo propiamente regional. Abrió entonces una nueva perspectiva científica y teorizó sobre el concepto de la región, en sus posibilidades ontológica e instrumental.

González Martínez había estudiado a las comunidades indígenas bajo las premisas de la economía y la sociedad, dentro de un incipiente marco regional: la región mayance de los Altos de Chiapas; luego comenzó a vislumbrar a estas mismas comunidades indígenas en movimiento, desde su configuración estructural y a partir de la función generatriz “en la conformación del espacio regional”. El estudioso se preguntaba si era posible hablar de una región creada, generada por comunidades indígenas en los diversos estadios de explotación, en donde históricamente el cacique promovía para sí la riqueza; en donde después el opresor español en connivencia con el cacique explotaba tanto la producción de artesanías como la mano de obra indígena, y en donde más tarde el ladino, en forma personal, llegó a suplantar los giros nefastos de caciques y corregidores históricos.

González Martínez dijo: “Sí”. Aunque los indios de los Altos de Chiapas no han controlado las redes del mercado de las artesanías, es de todas maneras posible y factible la generación del espacio regional, pues los indígenas nunca han abandonado su actividad tradicional de campesinos. Ésta ha de ser la función estatutaria para hacer viable y funcional la configuración regional. Y esto, señaló el teórico, podía verse todavía hasta hace cuatro décadas.

Cuando González Martínez decidió optar por el Doctorado habilitado en Ciencias de la Tierra, con especialidad en Geografía, en la Universidad de Varsovia, volvió sus pasos sobre el concepto de historia vivida y a revisitarlo para ser aplicado en la conformación del espacio tzeltal-tzotzil y desde la perspectiva geoetnográfica. Haría un asedio al mismo problema pero con muchas otras armas técnicas y otros conocimientos. En esa Universidad entregó un primer producto, emanado de su disertación doctoral: “La ‘historia vivida’ y la conformación del espacio regional en la sociedad tzeltal-tzotzil”,² y en

² Joaquín Roberto González Martínez: “La ‘historia vivida’ y la conformación del espacio regional en la sociedad tzeltal-tzotzil”, en *Memorias del II Simposio de la Universidad de Varsovia sobre América Latina*, t. 3, Varsovia, 1992.

México publicó más avances en *Cuadernos de Trabajo* del Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales.³

En la “Introducción” a “La historia vivida en las representaciones espaciales”, González Martínez definió el concepto de historia vivida como “aquella cuyos hechos, reales, míticos y legendarios, se codifican en una serie de objetos que transmiten un mensaje dando un sentido culturalmente definido al pueblo de referencia”. Esta “historia *conscientemente* vivida” puede hacerse presente por medio de “hechos históricos relevantes, así como en objetos que en determinados momentos evocan un pasado, tales como museos, edificios, monumentos de toda índole, lugares en los que se cristaliza una conciencia nacional, regional o local, incluso universal”. Pero también existe una “historia *inconscientemente* vivida”, la cual es susceptible de ser codificada por medio de “hechos aparentemente sin conexión con la historia, tales como las fiestas patronales, elementos del paisaje, costumbres, en fin, aspectos que forman parte de la cultura en general pero cuyos contenidos históricos se mantienen ocultos, por lo que merecen ser decodificados mostrando con ello su pertinencia, no sólo histórica, sino su papel activo en la conformación identitaria de los pueblos”. Y añade a continuación: como “la organización del espacio” o el “diseño” del paisaje”.⁴

Planteaba González Martínez, en términos metodológicos, ¿qué elementos culturales “influyen en el diseño, la estructura y el comportamiento espacial resultante”? ¿Cómo es que “se trasponen en los procesos de ordenamiento espacial y la consecuente conformación del espacio”? ¿Cómo ha de influir un “patrón de asentamiento y su respectivo ordenamiento”, dentro de una sociedad, desde el punto de vista de “los cambios y las permanencias culturales”? ¿En qué medida esto puede llegar a tornarse en “patrones de asentamiento” y en “expresión de identidades sociales diferenciadas”? Y, finalmente, se preguntaba: “¿Existen comunes denominadores espaciales entre los diversos patrones de asentamiento co-existentes en un país o región determinados?”⁵

³ Véase “La historia vivida en las representaciones espaciales”, *Cuadernos de Trabajo*, 2004, núm. 21, p. 11.

⁴ *Ibidem*, pp. 10-11.

⁵ *Ibidem*, pp. 11-12.

Para poner en práctica su método de análisis ocupó diversas fuentes: 1) tomó como eje del análisis las láminas “Seis regiones del mundo” incluidas en el *Códice Borgia* y los *Comentarios al Códice Borgia* realizados por Eduard Seler en 1980; 2) revisó los dibujos realizados por los informantes “que trabajaron en los Altos de Chiapas hacia la primera mitad del siglo XX”, y 3) las informaciones proporcionadas por los mayas de los Altos, “así como las observaciones propias” realizadas por González Martínez “en los años setenta” y en viajes posteriores.⁶

A continuación de esta serie de planteamientos, González Martínez desarrolló, a lo largo de tres capítulos, el procesamiento y análisis de las diversas fuentes, hasta conseguir la configuración de un espacio regional y una región cultural en los Altos de Chiapas. Comenzó con la descripción y análisis del concepto de *altepetl*, y revisó lo expuesto sobre dicho concepto por parte de James Lockhart, Bernardo García Martínez y René García Castro. El *altepetl* puede describirse como pueblo, poblado o comunidad; pero también, desde su sentido etimológico, puede rastrearse filológicamente a partir de la expresión *In atl in tepetl*, “el agua, la montaña”; la montaña con tierra y piedra, en forma de olla rellena de agua. Y a partir de esta descripción de la unidad territorial observar sus secciones, “de acuerdo al principio de la dualidad, un múltiplo de 2 (dos, cuatro, ocho, etcétera)”, cuyo conjunto configuraban el *altepetl*. El *altepetl* simple se forma por la “unidad de cuatro partes, cada una conformada por sus respectivos linajes organizados en *calpolli*”.⁷

Con ciertas láminas del *Códice Borgia* y las prolijas descripciones impecablemente realizadas por Seler, que González Martínez en parte confrontó, para contrastar contenidos, con las explicaciones proporcionadas por Anders, Jansen y Reyes García en *Los templos del cielo y de la oscuridad. Oráculos y liturgia. Libro explicativo del llamado Códice Borgia*, se fue desarrollando un grupo muy importante de informaciones culturales, que González Martínez denominó “premisas culturales del pensamiento indígena”. Una de éstas fue el principio de dualidad, aplicada a su vez a la concepción del espacio. Se trataba del Ometeotl náhuatl, del Oxlahunt-

⁶ *Ibidem*, pp. 13-14.

⁷ *Ibidem*, pp. 15-16.

ku (único dios-trece) de los mayas y de la pareja Tepeuh y Gucumatz de los quichés: el “corazón del cielo”.

Explicaba González Martínez: “Ometeotl, en tanto ‘padre’ y ‘madre’ de los dioses, había generado, en principio, cuatro deidades quienes gobernaban los ‘cuatro lados del mundo’. De hecho, todas las deidades del panteón mesoamericano constituían una especie de ‘desdoblamiento’ de Ometecuhtli-Omecihuatl en sus diferentes versiones, poseyendo cada una de ellas atributos diferentes (celestes, infernales, terrestres, acuáticas), a veces entrando en contradicción entre sí, y en otras asumiendo diversas formas, funciones y atributos”. Esta concepción de la dualidad “se traspone a la dualidad del espacio”. Y esta misma dualidad puede observarse “entre los indios de la cultura tzeltal-tzotzil de los Altos de Chiapas, conformando un elemento activo de su estrategia reproductiva, social y material, en las condiciones impuestas a lo largo de estos últimos quinientos años”.⁸

Pero González Martínez advertía a continuación: es muy posible que tal “transposición de la cultura indígena (en tanto ‘historia vivida’)” no haya “prevalcido en los tiempos prehispánicos, salvo en lo concerniente, quizá, a la relación entre la ‘casta’ sacerdotal-militar-intelectual residente en los antiguos centros ceremoniales por un lado, y los campesinos de aldea (*macehuales*), por otro”; y que este sistema de “mitades” y “secciones” haya sido producto de la “política ‘indiana’”, por ejemplo, debido a la obligatoriedad de organizar los pueblos en forma de “damero”, forma muy similar a la de la dualidad indígena.⁹

Quizá un aporte relevante de esta investigación de González Martínez sea el descubrir la prevalencia del sistema binario actuante en la función del espacio geográfico regional, que continuaba en funciones inclusive hacia los años setenta del siglo XX; la vigencia de la historia vivida en los Altos de Chiapas, así sea en forma “subconscientemente y su transposición a las estructuras espaciales tendría así una vigencia considerable en la cultura de los pueblos”; la globalización no habría destruido hasta entonces su mentalidad y daría continuidad a una forma tradicional de relacionarse con el espacio y sus valores culturales.¹⁰

⁸ *Ibidem*, pp. 30-71.

⁹ *Ibidem*, p. 118.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 181-183.